

ACTUALIDAD Y VIGENCIA DEL CONCILIO VATICANO II

Hacia Santo Domingo

Alvaro Cadavid, Pbro.*

1. ACTUALIDAD Y VIGENCIA. ALGUNOS PRESUPUESTOS

Se ha afirmado, tanto dentro como fuera de la Iglesia, que el Concilio Vaticano II es, sin duda, el acontecimiento eclesial más importante del siglo XX. Es tal la magnitud de su significación que se reconoce, sin más, la existencia de una Iglesia "pre-conciliar" y otra "post-conciliar" con características bien diversas una de otra. De cara a la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano nos hacemos hoy una pregunta: ¿Tiene el Vaticano II alguna actualidad y vigencia? Para responder este interrogante, me parece importante aclarar antes dos cuestiones que nos ayudarán a establecer los presupuestos que guiarán nuestra reflexión.

La pregunta por la actualidad y vigencia del Concilio no es nueva.

K. Rahner, en una conferencia realizada en 1979, se ponía la cuestión¹. Pero ahora no estamos interesados por la pregunta a nivel de la Iglesia universal. A este nivel y aún con aplicaciones a la Iglesia latinoamericana, ya se han hecho importantes balances, elaborados por prestigiosos teólogos y

*. Vicerrector del Instituto Teológico Pastoral -ITEPAL- y Director de la revista *Medellín*. Colombiano.

1. Cfr. K. RAHNER "El significado permanente del Vaticano II" en *Il Regno* 3 (1980) 73-77. Preocupación similar aparece en Y. CONGAR, "La recepción como realidad eclesiológica", en *Concilium* 77 (1972) 57-86. A. ACERBI. "La recepción del Vaticano II en un contexto" en *Concilium* 166 (1981) 435-446.
2. Cfr. C. FLORISTAN y J.J. TAMAYO. "El Vaticano II 20 años después", Madrid, 1985. C. FLORISTAN, "Vaticano II, un 'concilio pastoral'", Salamanca, 1990. R. LATOURELLE (ed.) Vaticano II. Balance y perspectivas, Salamanca, 1989. También, el Sínodo del año 1985 fue convocado por el Papa Juan Pablo II precisamente con ocasión de los 20 años del Concilio.

pastoralistas². Más bien nos interesa en este momento hacer una precisión: ¿Qué entendemos por "Concilio Vaticano II"? Cuando hablamos de Vaticano II no estamos hablando únicamente de la asamblea conciliar, ni de los textos escritos, fruto de esa asamblea. Al hablar de Vaticano II nos queremos referir más bien a un acontecimiento. Un acontecimiento que no es fruto del azar, sino el resultado de una Iglesia que supo prestar oído al Espíritu Santo en un momento decisivo, a nivel religioso y cultural, de la sociedad europea y del mundo. El Vaticano II siguió un arduo y largo camino en su preparación, convocación y realización, y como acontecimiento y texto escrito, se está haciendo, desde hace ya 25 años, tanto en la Iglesia universal como en las iglesias particulares, un esfuerzo por acogerlo y hacerlo realidad.

Más allá del texto escrito, creemos también que Vaticano II es ante todo un espíritu: el espíritu con el que se escucharon los problemas del hombre y del mundo a los cuales la Iglesia había sido sorda por tres siglos; el espíritu con el que se enfrentó la crisis que le planteaba la modernidad; el espíritu con el que supo asumir "lo mejor" de la reforma protestante que Trento había desconocido; el espíritu con el que supo colocar al hombre y sus problemas como centro de su quehacer pastoral; el espíritu con el que supo captar los signos de los tiempos que la invitaban a renovarse desde dentro para dar una respuesta actual a las necesidades y preocupaciones del hombre de ese momento; el espíritu con el que supo oír a los pastores llegados de latitudes distantes y muy diversas de Europa, ámbito en el que siempre se había movido la Iglesia; el espíritu con el que se abrió a la Palabra de Dios y con el que quería oír a los bautizados y devolverles su protagonismo ministerial; el espíritu ecuménico con el que quería acercarse a los creyentes de otras religiones, en fin, el espíritu renovador que supo impregnar a sus textos, poniendo así fin a la cristiandad y a todo intento de restaurarla.

En este sentido, el Vaticano II considerado como un acontecimiento y un espíritu se va comprendiendo mejor, en sus alcances, a través del tiempo. Pienso que es a través de lo que el mismo Concilio ha posibilitado en estos 25 años como se le puede comprender más hondamente. Quién puede negar que el Concilio se lee más claramente, en sus verdaderos y reales alcances, cuando se mira a la luz de cada nuevo documento producido por el magisterio pontificio. Quién puede negar que el espíritu del Concilio y sus textos son hoy mejor comprendidos en su significación cuando se leen a la luz de Medellín y Puebla, acontecimientos que sin el Concilio muy posiblemente no hubieran sido. Cómo no entender mejor el Vaticano II a la luz de tantos y tantos acontecimientos y realidades eclesiales vividas en estos últimos años, producidas gracias al mismo espíritu del Concilio.

Quizás el Vaticano II nunca imaginó toda la novedad vivida durante todo este tiempo de postconcilio. Quizás nunca vislumbró las, en otro tiempo, impensadas respuestas pastorales que la Iglesia ha tenido que dar a problemas

tan nuevos y complejos como los que han surgido en los últimos tiempos; respuestas que ha dado precisamente gracias al espíritu abierto por el Concilio. Es pues el espíritu del Vaticano II el que ha estado presente en estos 25 últimos años de Iglesia y por eso, con razón, se ha afirmado que el Vaticano II es más el punto de partida de la reforma de la Iglesia en diálogo con el mundo, que el punto de llegada.

La pregunta por la actualidad y vigencia del Concilio nos la hacemos desde el contexto eclesial de América Latina.

No es lo mismo hacer la pregunta desde la Iglesia universal que hacerla desde una Iglesia particular. Fue el mismo Vaticano II quien reconoció que el ámbito cultural no es único para todo el mundo y que la Iglesia se hace realidad sólo en ámbitos culturales concretos con todo lo que estos tengan de contingente y transitorio. Con esto el Concilio manifestó ser consciente que el universalismo sólo es posible en la particularización y concretización de la Iglesia en cada cultura (Cfr. SC 41; AG 22). En este sentido la pregunta por la vigencia y actualidad no se reduce a descubrir qué aspectos de lo dicho por el Concilio pueden seguir teniendo validez, sino más bien, si la orientación de fondo del Concilio es una realidad en cada Iglesia particular, y en nuestro caso, en la Iglesia de América Latina³.

A pesar de que el interlocutor directo del Concilio no fue el hombre pobre y oprimido de América Latina, como tantas veces se ha recalcado, sino más bien el hombre ilustrado de Europa, hay que reconocer que han sido las iglesias del tercer mundo las que han puesto en práctica, con más decisión y coherencia, el espíritu renovador del Concilio y más aún, lo han enriquecido, como se puede verificar en la forma como Medellín primero y luego Puebla lo aplican y traducen en sintonía con los problemas propios de América Latina. De esta manera nuestros obispos, hicieron realidad el espíritu del Concilio de querer encarnarse y crear condiciones de posibilidad de la implantación del cristianismo en todas aquellas realidades humanas que parecían ser extrañas a la fe.

Con estas dos premisas, la consideración del Concilio como un acontecimiento y un espíritu, y la comprensión de Medellín y Puebla como respuestas audaces y nuevas dadas desde el espíritu del Concilio al hombre latinoamericano de ayer, manteniendo así nuestra Iglesia la orientación de fondo del Concilio, volvamos ahora al interrogante inicial.

3 Esta misma era la perspectiva adoptada por Rahner en su conferencia de 1979, a casi 15 años del Concilio: "Se podría recordar ya hoy una que otra tarea que el Concilio haya proclamado y preguntarse hasta qué punto se han realizado... pero lo más importante es mirar la orientación de fondo del Concilio pues es claro que con el Concilio se ha dado efectivamente un mandato todavía no cumplido, mandato para la salvación o la condenación, pero que en cualquier caso constituye el inmenso significado del Concilio" Cfr. K. RAHNER, "El significado permanente del Vat. II", p.73.

La pregunta que nos hacemos tiene una perspectiva muy precisa: De cara a la IV Conferencia, es decir, de cara a los problemas que en el hoy de América Latina preocupan a nuestros pastores, ¿podrá el espíritu del Concilio iluminar, ahora de nuevo, a la Iglesia latinoamericana para que pueda entablar un diálogo actual y eficaz con el hombre latinoamericano como respuesta a las angustias, preocupaciones e ilusiones que tiene hoy este hombre? ¿Podrá el espíritu renovador del Vaticano II, en su diálogo con el mundo, aportar a nuestros pastores la audacia para enfrentar la nueva evangelización, la promoción humana y la posibilidad de una cultura cristiana con la sensibilidad y agudeza que requieren estos temas, de tal manera que no sean precisamente sólo temas, sino respuesta a las complejas realidades que vive el hombre de América Latina? Aquí me parece que está la clave de nuestra pregunta por la actualidad y vigencia del Concilio⁴.

2.HACIA SANTO DOMINGO: NUEVA EVANGELIZACION, PROMOCION HUMANA, CULTURA CRISTIANA

Vamos ahora a hacer una breve consideración en torno a cada uno de los temas propuestos para la Conferencia de Santo Domingo, para ver cómo el espíritu del Vaticano II es la fuente que los inspira y posibilita, a la vez que, constataremos, a través de esta temática, cómo la orientación de fondo del Concilio puede seguir presente en nuestra Iglesia latinoamericana. El hecho de que aquí desglosemos cada uno de los temas, no significa que los separemos. Creemos más bien que están estrechamente ligados y autoimplicados y que su enumeración no es la simple yuxtaposición de los elementos que el Papa considera importantes para tratar en Santo Domingo, sino que es la determinación concreta de lo que debe ser la nueva evangelización en América Latina: Hacer que desde el Evangelio se promueva la dignidad humana en un continente donde las marcadas injusticias sociales la han lesionado gravemente, a la vez que se quiere que los valores evangélicos se comuniquen desde el interior mismo de nuestras culturas para transformarlas.

Nueva evangelización

Desde que el Papa Juan Pablo II el 9 de marzo de 1983 en Haití lanzó el proyecto y la proclama de una "nueva evangelización" es mucho lo que se ha escrito sobre el tema, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como en

4 La perspectiva aquí adoptada no es la única para abordar la cuestión de la actualidad y vigencia del Concilio de cara a la IV Conferencia. Bien valdría la pena mirar la actualidad y vigencia que en la Iglesia latinoamericana pueden seguir teniendo los grandes temas del Concilio, v.gr. la lectura histórica de la Revelación, el papel de la cristología histórica, las consecuencias del giro antropológico, el reconocimiento de la Iglesia como misterio, comunión, sacramento y pueblo de Dios, la valoración del sacerdocio común, la renovación ministerial, el ímpetu misionero y ecuménico de la Iglesia, etc. Sería éste un trabajo de investigación y profundización que aportaría mucho a la Iglesia latinoamericana, con miras a Santo Domingo.

América Latina. Varias preguntas han guiado las reflexiones: ¿Por qué una nueva evangelización? ¿Se trata de algo meramente coyuntural, el segundo milenio del cristianismo y el V centenario de la primera evangelización, o existe una base teológica para ello? ¿Qué significa el adjetivo "nueva"? ¿Es nueva porque ya terminó la anterior? ¿Se trata de rectificarla? ¿Qué alcances tiene un proyecto de tal magnitud? ¿Qué implicaciones concretas tiene para América Latina?

Podemos afirmar, sin peligro a equívocos, que detrás del proyecto de *aggiornamento* del Vaticano II se encontraba el esfuerzo de encaminar la Iglesia hacia una nueva evangelización que hiciera frente a los desafíos que desde hacía siglos estaban lanzando la modernidad europea y la reforma protestante. El proyecto de una Iglesia que se quería renovar a sí misma y adecuar su misión y su tarea al mundo de hoy, no significaba otra cosa que el proyecto de una Iglesia que, sin decirlo expresamente, quería tener nuevos métodos, nuevo ardor y nuevas expresiones en su misión evangelizadora. Métodos, ardor y expresiones que necesariamente resultaban de la sincera revisión de sí misma en confrontación, sobre todo, con los desafíos de la cultura de la modernidad.

Tres siglos llevaba ya el proceso comenzado por la modernidad -proceso que se desarrollaba al margen de la Iglesia- cuando aparece el Vaticano II derribando los muros de incomunicación con ese mundo. Asume el Concilio lo "bueno" de la cultura liberal: la libertad de conciencia, los derechos del hombre, la participación y la democracia; reconoce la autonomía del orden temporal a la vez que rompe toda alianza entre el trono y el altar, recuperando así la autonomía de la Iglesia para poder reubicarse ante el mundo desde aquello que le es propio: Jesucristo. A la vez que ayudaba a los cristianos a ubicarse como luz del mundo y sal de la tierra.

El diálogo con el mundo, así establecido, no es otra cosa que el diálogo entre fe y cultura. Podríamos decir que esta relación es el hilo conductor del Vaticano II, aunque el tema sólo aparezca tratado explícitamente en un apartado de la *Gaudium et Spes*. No fué este un tema del Concilio, sino el tema central que fue aglutinando todas sus reflexiones -lo que no quita que al interior de los documentos haya otros temas-. Se puede decir que para el Vaticano II estas relaciones son el núcleo y la esencia misma de la Iglesia y su misión, a tal punto que cualquier reflexión teológica que quiera comprender a profundidad la naturaleza de la Iglesia y del mensaje cristiano, debe tener como tema central la relación fe -cultura. Es este, me parece, el fundamento último del proyecto y programa de la nueva evangelización.

El hecho de que la fe entre en diálogo abierto con el mundo, con la cultura y con las culturas, supone como consecuencia lógica la renovación de la Iglesia y el programa de una nueva evangelización. Tanto es así que a partir del

Vaticano II podemos hablar de una nueva eclesiología, de una nueva comprensión de la revelación, de una nueva comprensión del hombre, de una nueva manera de celebrar la fe, de una nueva manera de concebir el ministerio de los bautizados, el sacramento del orden y la vida religiosa, de una nueva manera de realizar la actividad misionera y relacionarse con las otras iglesias y religiones, de una nueva manera de educar en la fe, sobre todo a los jóvenes, de un nuevo uso y actitud frente a los medios de comunicación social. Por supuesto, el Concilio no es la panacea, pero sí una puerta que se abrió y que todos estamos llamados a atravesar si queremos captar su novedad.

Me parece, por lo tanto, que cuando Juan Pablo II lanzaba la proclama de la "nueva evangelización" no estaba haciendo otra cosa que explicitar y hacer fructificar, en un momento coyuntural para la Iglesia universal y latinoamericana, lo que ya aparecía implícito en el Vaticano II y que *Evangelii Nuntiandi*, Medellín, Puebla y otros documentos del magisterio universal latinoamericano habían certificado como proceso ya comenzado. La nueva evangelización es quizás, para la Iglesia de hoy, el mayor fruto producido por el espíritu que animó al Concilio Vaticano II.

En América Latina, este proyecto de la nueva evangelización adquiere matices propios, distintos a los del viejo mundo. Desde Medellín y Puebla han sucedido bastantes cosas en América Latina que es necesario saber interpretar y discernir, con ese mismo espíritu con que el Vaticano II se enfrentó a los signos de los tiempos de su momento, para renovar nuestra Iglesia latinoamericana y su misión pastoral. Surge una cultura nueva y desde ella, en ella y para ella, debe surgir una nueva evangelización. Desde lo perenne del Evangelio hay que saber responder a la nueva cultura y a las culturas. El tema de la nueva evangelización remite, entonces, inmediatamente al tema de la evangelización de la cultura, cuestión esta de la que nos ocuparemos más adelante.

En estos momentos en que preparamos la IV Conferencia, la Iglesia de América Latina está necesitada de profetas; profetas que hagan una lectura iluminada por el espíritu de Dios, de la primera evangelización y que a la vez sepan discernir los nuevos signos de los tiempos para que haciendo un análisis serio y profundo de la cultura y sociedad latinoamericanas de hoy y de la interacción entre el evangelio y dicha cultura, puedan encontrar las formas para que esa interacción comience a ser nueva. Es en este punto donde radicará la *novedad* de la nueva evangelización pedida por el Papa. Con el Evangelio de siempre se hará una nueva evangelización. Sólo así se podrán perfilar los principios teológicos, opciones pastorales, retos y espiritualidad de la nueva evangelización en América Latina y por consiguiente la nueva imagen de Iglesia que se tiene que construir como respuesta pastoral a las urgencias del hoy latinoamericano. Tocaré a nuestros pastores reunidos en Santo Domingo, manteniendo el espíritu del Concilio, encontrar las características que esta nueva evangelización deberá tener de cara al hombre latinoamericano del

tercer milenio. Es cierto que ya se ha aportado bastante en este sentido, pero todavía faltan muchos elementos por clarificar.

Promoción humana

A este tema le dedica la *Gaudium et Spes* un esfuerzo de búsqueda notable; es, de alguna manera, telón de fondo de la Conferencia de Medellín; la *Evangelii Nuntiandi* se ocupa de él con bastante propiedad; con algunas precisiones aparece claramente en Puebla; es también un elemento central de la teología de la liberación y uno de los objetos de reflexión de las dos últimas Instrucciones de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe; también la Comisión Teológica Internacional le dedica una de sus declaraciones. Ahora el Papa Juan Pablo II lo ha designado como uno de los temas para la Conferencia de Santo Domingo. Si revisamos las encíclicas y demás documentos emanados del magisterio del Papa, descubrimos que la promoción humana es un tema muy querido para él y ciertamente que no por capricho personal, sino porque sabe muy bien que la promoción humana es parte esencial de la evangelización.

Construir al hombre, hacer al hombre, buscar que el hombre sea más hombre, promover al hombre, humanizar el mundo, son expresiones que designan una misma realidad y que tocan un elemento esencial de la revelación de Dios. Ya lo decía San Ireneo: "la gloria de Dios es que el hombre viva". Es esta una expresión sinónima de los términos que acabamos de enunciar y su propósito es designar aquello "divino" que hay en "lo humano". Lo mismo quiere decir el Concilio en el N. 22 de la *Gaudium et Spes*, manifestando la sublimidad de la vocación humana descubierta por Cristo:

Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (...). En él, la naturaleza humana asumida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual.

Esto significa que construir, desde Jesucristo, la imagen y la dignidad del hombre no es una tarea más entre otras que la Iglesia tiene, sino más bien su tarea central... La Iglesia no sólo está llamada a contribuir a la humanización del mundo, ya que ésta no es un simple medio para evangelizar, sino que es una tarea que tiene una consistencia propia y hace parte esencial de la misión evangelizadora. Hacer al hombre es, por tanto, una gestión que nos habla de Dios. Es tarea esencial de la Iglesia⁵. He aquí el fundamento último de la tarea

5 El magisterio de Juan Pablo II ha sido muy rico en este punto. Cfr. RH 15, CHL 37, CA 5, CA 53. A este respecto ver también G. BAENA, "Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana" en *Glosas y comentarios al tema de la IV Conferencia*, Bogotá, 1991, págs. 43-52 y en esta misma publicación el comentario del P. Jean Yves Calvez, ilumina bastante esta cuestión. También, Julio Jaramillo, teólogo colombiano, a partir de un riguroso análisis de los

evangelizadora de promover al hombre.

En la construcción del hombre y en la tarea de su promoción, se han empeñado diversos sistemas a lo largo de la historia, pues el fin más noble de toda cultura es precisamente la dignificación del hombre. Pero no siempre las culturas humanas y los diversos sistemas ideológicos aplicados, a nivel político, económico y social, han logrado promover al hombre; por el contrario, muchas veces, lo han disminuído. Es este el caso del sistema comunista y del liberalismo económico, cuya reciente caída del uno y fracaso del otro nos llevan a preguntarnos muy seriamente sobre la fuente que tendrá que inspirar el complejo entramado de las relaciones humanas en todos sus niveles. Es aquí donde la nueva evangelización tiene algo fundamental que aportar, recurriendo a la doctrina social de la Iglesia como inspiradora de un orden que realmente promueva al hombre. Ella, la doctrina social, debe ser el alma de una verdadera promoción humana.

En América Latina la dignidad humana está gravemente lesionada. Medellín y Puebla nos denunciaban, de una manera desgarradora, el estado de la lesión. Muchos cristianos y hombres de buena voluntad han querido comprometerse en la reconstrucción de la dignidad de tantos hombres maltratados. La situación no es mejor que hace 23 o 12 años cuando se reunieron nuestros pastores en Medellín y Puebla respectivamente. La realidad de inhumana miseria, de pobreza e injusticia sigue presente. Los rostros deformes de nuestros hermanos siguen siendo una cruda realidad que clama al cielo. Tal situación hace que cuando en América Latina se hable de la promoción humana, no se hable sin más de la relación general entre salvación cristiana y progreso temporal, pues en nuestro continente la necesidad del progreso exige radicalmente la premisa de la liberación de las condiciones socio-económicas, políticas y culturales que obstaculizan el progreso y engendran degradación de lo humano del hombre latinoamericano.

Es en este punto, en el que nuestros pastores, guiados por el espíritu que iluminó al Vaticano II para dialogar con la modernidad reconociendo sus bondades, a la vez que señalando sus limitaciones, deben dialogar con la realidad humanamente desfigurada de tantas víctimas de la injusticia, teniendo la audacia de reconocer y señalar aciertos y limitaciones de los "caminos de liberación" propuestos por la racionalidad ilustrada y proponiendo con un nuevo ímpetu la doctrina social de la Iglesia como mensaje dado no solamente

documentos preparatorios, de los diversos aportes de las distintas conferencias episcopales de América Latina y del documento mismo de Puebla, muestra "cómo en el pensamiento de los pastores latinoamericanos, la fundamentación escriturística sobre el hombre como hombre es a tal punto vigorosa, que permite trazar como pauta del quehacer cristiano el desarrollo histórico de la vocación humana". Cfr. J. JARAMILLO, "Hacer al hombre. Quehacer teológico". Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 1987.

a los creyentes, sino a todos aquellos hombres de buena voluntad que quieran comprometerse en la tarea de la promoción integral del hombre mediante la praxis de la liberación cristiana en su perspectiva terrena y trascendente. Si Medellín fue la aplicación creativa del Vaticano II a la realidad de América Latina de los años 70; si Puebla quiso ser el eco de la *Evangelii Nuntiandi* en la América Latina de los 80, creemos que *Laborem Exercens*, *Sollicitudo Rei Socialis* y la nueva encíclica *Centesimus Annus*, recientemente publicada con motivo de los cien años de la *Rerum Novarum*, serán los documentos que marquen la reflexión de nuestros pastores en Santo Domingo sobre este tema de la promoción humana en nuestro continente, de cara al tercer milenio.

Ahora bien, si la promoción humana es una tarea teológica y si la doctrina social de la Iglesia quiere, precisamente, en cuanto parte integrante de la concepción cristiana de la vida, estimular la promoción integral del hombre y mostrar desde la fe el grave obstáculo que la injusticia social constituye para la liberación personal y colectiva de la humanidad, entonces ella reviste también un carácter eminentemente teológico (Cfr. SRS 41; CA 55). Es en este contexto en donde adquiere plena vigencia, hoy más que nunca, la opción preferencial por los pobres. Esta opción tiene también un carácter teológico, nos habla de Dios, nos hace connaturales a El, nos revela lo divino que hay en lo humano. Por lo tanto, la promoción humana en América Latina, desde la doctrina social de la Iglesia, como intérprete del Evangelio, a la vez que iluminada por él adquiere el nombre concreto de opción por los pobres (Cfr. CA 57-58).

Qué camino tan árduo el que ha hecho, en América Latina, esta opción. Hoy, menos que nunca, conscientes de su profunda raigambre bíblica, cristológica y eclesial, y desprovista de toda ideologización a la cual, muchas veces, se la ligó, debemos abandonarla. El recordar y actualizar esta opción es quizás el más grande aporte que nuestra Iglesia y nuestra joven teología latinoamericana ha hecho a la Iglesia universal, desde la recepción cristiana del Vaticano II como acontecimiento y espíritu. Es esta opción la que dará, en el contexto de la Iglesia latinoamericana, el toque genuino y original al programa de la nueva evangelización y de la evangelización de la cultura. Una y otra deben caminar en íntima unión con la doctrina social de la Iglesia, y con la opción por los pobres a la que ella invita, si quieren ser respuesta a uno de los retos fundamentales que el hoy latinoamericano le presenta a la Iglesia de nuestro continente⁶, pues una nueva evangelización que al pretender evangelizar la cultura no promueva la humanización de ésta, buscando liberarla de todos aquellos elementos culturales, socio-económicos y políticos que alteren la dignidad del hombre no se puede llamar evangelización.

6 Bien lo dice el documento de consulta para la IV Conferencia, en el n. 424: "Ninguna oportunidad mejor que esta de Santo Domingo, para que reafirmemos nuestra opción por los pobres y por la promoción humana en general, como paso fundamental de la nueva evangelización, a la luz de la doctrina social de la Iglesia".

Cultura cristiana

De entrada, aclaremos algo fundamental. No creemos que cuando el Papa habla de "cultura cristiana" esté pensando en la creación de una cultura alternativa en una actitud de repliegue frente a la invitación y desafíos de las culturas: otra política, otra sociedad y otra cultura cristiana. De ninguna manera se pretende revivir el régimen de cristiandad superado por el Vaticano II, pues desear el regreso de un "régimen de cristiandad", donde se unen y confunden lo político con lo religioso, es un anacronismo y un peligro para la fe.

Me parece que lo que está en la mente de Juan Pablo II es el deseo de profundizar y sacar las consecuencias de todo aquello que el Vaticano II afirmó sobre las relaciones entre fe y cultura y que a nuestros pastores les dará luces para enfrentar los retos que la cuestión cultural latinoamericana presenta a la misión evangelizadora de la Iglesia.

La revelación histórica de Dios fue un hecho cultural y la encarnación del Hijo también lo fue. La Iglesia apostólica, en su tarea de anunciar la buena noticia, se encarnó también en cada nueva cultura que quería evangelizar. El olvido de estas verdades en los siglos de cristiandad provocó que la Iglesia se constituyera en el principio de interpretación del todo social, quitándole autonomía a las culturas. Fue esto también lo que llevó, en el siglo XVIII, al rompimiento de la cultura moderna con la Iglesia. Fe y mundo se divorciaron. La Iglesia condenó al mundo y se separó de él. El mundo vió la fe como algo que no le aportaba nada, y cuando más, la redujo a la esfera de lo privado.

La anterior es la situación con la que se encuentra el Concilio Vaticano II y que la *Evangelii Nuntiandi* denunció como el mayor drama de nuestro tiempo. El Concilio reacciona y abre el diálogo con la cultura moderna. Es este diálogo el que, como decíamos más arriba, se constituye en el hilo conductor del Vaticano II. No es este el momento para hacer referencia a lo que el Concilio entiende por cultura y fe, ni sobre la manera como se articula la relación entre estos dos términos, pero sí nos fijaremos en una cuestión que apareció después bajo la inspiración del Concilio.

Es cierto que el término "Evangelización de la Cultura" no aparece en el Vaticano II. Es la Iglesia postconciliar la que va acuñando el término a medida que va repensando y profundizando los temas, intuiciones y el espíritu mismo del Concilio. Con esta expresión se quiere señalar una opción pastoral y una manera de entender la relación entre la Iglesia y el mundo. Se trata de penetrar cada cultura con los valores cristianos en todas sus instancias, estructuras e instituciones, anunciando y denunciando todo lo que en ella impida la realización plena del hombre. Es una opción que hay que plantear en términos siempre nuevos ya que implica que la Iglesia reconozca que la cultura es autónoma,

pluralista y dinámica lo que le exige, a aquella, un cambio de actitud, una permanente conversión y una revisión constante de sus mismas estructuras. Le exige también una reformulación permanente del mensaje haciéndolo atractivo y creíble al hombre de cada cultura; una reconsideración de sus ideas de unidad y de universalidad; una actitud de compromiso al servicio del hombre y del desarrollo de cada cultura, dinamizando lo propio de estas sin pretender instrumentalizarlas con fines religiosos o queriendo ejercer algún poder sobre ellas; le exige, finalmente, no pretender que la fe cristiana sea la única inspiradora del conjunto total de lo humano.

Lo anterior sería el programa de una nueva evangelización. Es lo que ya decíamos al comienzo: la nueva evangelización reclama la evangelización de la cultura y viceversa. Pero todo esto son sólo afirmaciones generales. Nos toca ahora preguntarnos qué significa la tarea de evangelización de la cultura en el ámbito latinoamericano.

¿Posee América Latina una cultura única, igual para todos los pueblos que la conforman? Aunque parece imposible hablar de una cultura única en sentido estricto, sí podemos afirmar la existencia de una cultura latinoamericana que, aunque no homogénea, sí posee una cierta unidad histórica y algunas líneas nucleares comunes. Sin embargo, sería fatal desconocer la gran variedad cultural y étnica de nuestro continente y pretender imponer una forma cultural como la cultura de toda la región, aunque se aduzca para ello un pretexto evangelizador.

Toca a nuestros pastores, que se reunirán en Santo Domingo, buscar las pistas de una evangelización que en América Latina se tiene que realizar de cara a dos elementos importantes: el inacabado proceso de encuentro de razas y culturas; la actual situación de pobreza e injusticia en que viven las mayorías de nuestro continente. Es esta la América Latina de hoy. Es ella una sociedad en permanente devenir; con pueblos y culturas aborígenes casi destruídas; con una religiosidad popular y con unas mayorías pobres que ahora sufren el impacto de una cultura urbano-industrial que se presenta con pretensiones de universalidad. Es una sociedad que recibe también el influjo de la prolongación o de la crisis de la modernidad que algunos llaman "postmodernidad". Es, en fin, una sociedad que ahora tiene que enfrentarse a las consecuencias que, para su modo de ser y ubicación en el mundo, tienen los acontecimientos ocurridos en el bloque oriental con la perestroika y el nuevo impulso que toma en nuestros países el neoliberalismo capitalista.

Analicemos brevemente los dos elementos enunciados:

Primero: ¿Es posible hablar en América Latina de un proceso de síntesis cultural que haya asimilado y asumido los elementos anteriores? Me parece que es este un proceso que está comenzando. Para los pueblos latinoamericanos

se constituye en todo un desafío histórico tratar de lograr una síntesis vital entre su herencia cultural -en la que juega un papel también importante el encuentro con el cristianismo- y lo válido del progreso y la cultura moderna, en orden a su liberación. Los siguientes son, entre otros, los "signos de los tiempos" a los que la Iglesia de América Latina debe prestar oído y saber discernir, como signos de la síntesis que el pueblo, en su sabiduría, comienza a hacer⁷:

- El pueblo ha creado una comunicación entre su cultura y el conocimiento científico. La vida social se va modernizando, pero nuestros pueblos van teniendo la capacidad de permanecer fieles a las tradiciones históricas. Hay un cierto protagonismo autóctono y mestizo en el proceso de modernización de nuestros pueblos.
- El pueblo hace esfuerzos de solidaridad comunitaria en todos los niveles de su vida. A nivel religioso, social, económico y político nuestro pueblo va creando formas de comunitarismo y autogestión en las que se junta lo mejor de lo moderno adveniente con la sabiduría popular latinoamericana, sobre todo, aunque no solamente, entre los más pobres.
- Se crean formas de asociación y movimientos que ocupan distintos sectores de la vida del pueblo en donde entran en relación elementos muy propios de la modernidad urbano-industrial con lo latinoamericano sapiencial.
- La religiosidad popular, aunque necesitada de un serio discernimiento, purificación y continua evangelización, va resistiendo el impacto de la ciencia y la política moderna, ayudando de esta manera a conservar algunos elementos propios de la tradición cultural de nuestro pueblo.

Estos intentos de síntesis socio-cultural entre lo moderno adveniente y lo sapiencial popular que nuestro pueblo latinoamericano va haciendo, con el ánimo de conseguir su dignificación y liberación, son los que la Iglesia en sus pastores deberá discernir con miras a una nueva evangelización que evangelice la cultura. No se trata de hacer frente a una cultura moderna con sus fallas y limitaciones, presentándole como alternativa una cultura cristiana. Esto es un mal entendido, pues ni la modernidad es la realidad fundamental que vive nuestro pueblo, ni la fe cristiana se puede presentar con tal poder frente a las culturas que las invalide y se constituya en alternativa única. Se trata más bien en esta tarea de la evangelización de la cultura, de animar, acompañar,

7 En el enunciado de estos signos tengo como punto de referencia las reflexiones de Scannone. Cfr. J. C. SCANNONE, "La racionalidad científico-teológica y la racionalidad sapiencial de la cultura latinoamericana" en *Stromata* 37 (1981), 115-164 y "Evangelización de la cultura, liberación y cultura popular", en *Evangelización, cultura y teología*, Buenos Aires, 1990, pp. 59-76.

purificar, discernir y ayudar a crear elementos nuevos para que nuestro pueblo vaya haciendo esta síntesis, cuyo agente es el mismo pueblo, inspirado por sus valores cristianos.

Esta labor de animación y acompañamiento a profundidad, desde la fuerza del Evangelio, que la Iglesia debe realizar, tiene un nombre propio: "inculturación del Evangelio". La inculturación del Evangelio es una exigencia y el camino de la evangelización de la cultura. El Concilio reconoció la importancia y el significado concreto de la Iglesia particular. Este reconocimiento implica también la afirmación del pluralismo teológico que surge de la inculturación del Evangelio en cada Iglesia particular. Es este también el reconocimiento de la posibilidad de un policentrismo eclesial que le abre a la Iglesia de América Latina pistas muy interesantes de evangelización de la cultura al poder asumir y discernir con libertad todos esos elementos de síntesis socio-cultural que nuestro pueblo va haciendo. El resultado de este proceso y el proceso mismo se constituirán en una riqueza y en un aporte muy valioso para la Iglesia universal. Es esta actual conciencia de la necesidad de la inculturación del Evangelio uno de los frutos más ricos del Vaticano II y sobre la que la IV Conferencia tendrá mucho que aportar radicando aquí, quizás, una de las originalidades de esta Conferencia con respecto a Medellín y Puebla.

De esta manera, la nueva cultura que va surgiendo de este proceso de síntesis, irá siendo evangelizada. Modernidad y postmodernidad, con todos aquellos elementos positivos que ellas nos ofrecen al encontrarse con lo propio latinoamericano, irán siendo impregnadas del Evangelio. No se dará aquí una amalgama informe entre fe y cultura, sino una encarnación de la fe universal y permanente en los valores y estructuras de nuestra cambiante situación cultural. Es un momento de unidad entre fe y vida histórica que no desconoce el momento de distinción. Fe y cultura guardarán cada una su autonomía. La fe le reconocerá a la cultura su pluralismo y su dinamismo propio, a la vez que ella, la fe, seguirá siendo una instancia libre y crítica para leer, discernir y asumir cada nuevo elemento cultural que aparezca en nuestra realidad a la luz de la Revelación.

Es en esta línea de evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio, que acabamos de presentar, como debemos entender la propuesta de una nueva cultura cristiana para América Latina. De lo contrario, caeríamos en un nuevo régimen de cristiandad en el que la fe pasaría a ser algo obvio y por lo demás, inocuo, como sucedió en los tiempos premodernos.

Segundo: Si bien es cierto que el pueblo va tratando de hacer una síntesis entre su cultura y lo que recibe de la cultura moderna, no es menos cierto también que esa cultura urbano-industrial llamada por el documento de Puebla "Adveniente cultura", controlada por las grandes potencias poseedoras de la ciencia y la técnica, con su fuerte carga de racionalismo, con sus intereses

propios y su mentalidad de bienestar, ha posibilitado el empobrecimiento de grandes sectores sociales y de pueblos enteros. Indígenas, mestizos, afroamericanos, campesinos, obreros, colonos, etc., han sido marginados y muchas veces sumidos en una terrible situación, originándose la llamada "cultura de la pobreza". Es imposible ocultar la brecha y el conflicto que en América Latina se ha abierto entre estas dos culturas.

Es claro, entonces, que en este sentido no podemos hablar indiferenciadamente de una cultura "latinoamericana" y menos, integrarla ni pretender asimilarla en una llamada "cultura universal", así sin más. Ya Puebla nos denunciaba esta pretensión:

la Iglesia no acepta aquella instrumentación de la universalidad que equivale a la unificación de la humanidad por vía de una injusta e hiriente supremacía y dominación de unos pueblos o sectores sociales sobre otros pueblos y sectores. La Iglesia pone en cuestión esa "universalidad", sinónimo de nivelación y uniformidad, que no respeta las diferentes culturas, debilitándolas, absorbiéndolas o eliminándolas (P 427).

No podemos, según esto, basar nuestra evangelización en un concepto abstracto de cultura, sin diferenciarla, pues corremos el riesgo de ideologizar la cultura dominante y ponerla por encima de la cultura de los pobres. Es esta "cultura de la pobreza" la que, por lo tanto, sigue siendo el ejemplo y el criterio de la cultura en América Latina.

De cara a la nueva evangelización nos volvemos a repetir la pregunta: ¿Qué significa la evangelización de la cultura en América Latina? Para la respuesta es necesario tener en cuenta esos dos pilares de la evangelización que condensan hoy aspectos importantes de nuestra realidad latinoamericana: la cultura y los pobres. No hay evangelización sin integrar estos dos elementos. El eje cultural latinoamericano pasa por la fusión entre la cultura ilustrada de la dirigencia y la cultura popular de la mayoría. Esto lleva a una opción por la cultura de las mayorías: La opción por los pobres. Opción que no es exclusiva⁸. De esta manera, me parece, queda resuelta la discusión que ha hecho aparecer el tema de la evangelización de la cultura como una distracción al tema de la ya hecha opción por los pobres en América Latina.

En este mismo sentido creo que apuntan las palabras de Monseñor Castrillón:

Al buscar la construcción del hombre nuevo latinoamericano no pueden desaparecer de nuestras pupilas los trágicos rostros de Puebla, que

8 Cfr. G. FARRELL, "Problemática socio-cultural de América Latina", en *La dimensión social de la pastoral. Desafíos y respuestas en América Latina*. CELAM, Bogotá, 1989, p.90.

*reflejan miseria y abandono, fruto del pecado radical de no extinguidas injusticias, de no erradicados egoísmos, de no corregidas miopías en el análisis de las realidades. Evangelización de la cultura en América Latina es un término de relación obligada, dentro de una óptica totalizante, con la opción preferencial por los pobres*⁹.

En América Latina la opción preferencial por los pobres con miras a su liberación integral, sigue siendo, pues, el presupuesto más importante de la nueva evangelización. La palabra "integral" no debe hacernos perder de vista que se trata de una liberación concreta, situada en unos aspectos determinantes que entorpecen la creación de una cultura de la vida y de la solidaridad. Desde la opción preferencial por los pobres y su liberación, es posible lograr que los sectores dominantes sean liberados de esa cultura vana que sojuzga sectores de la población y pueblos enteros en aras del tener y el poder que sólo ha dejado desilusión en unos y otros. Desde la opción por los pobres y su liberación se dará respuesta a la amenaza que para la misma fe representa el secularismo de algunos como fruto de la cultura urbano-industrial; a la vez que se darán aportes muy valiosos a la integración de América Latina a la "cultura universal". Desde la opción por los pobres y su liberación, es posible lograr que los sectores marginados y pobres encuentren caminos de integración y de participación que conduzcan a todos al desarrollo de una auténtica democracia y la búsqueda de circunstancias y ambientes favorables donde se promueva la creación y recreación de una nueva cultura solidaria en la que la vida tenga prioridad sobre la muerte, la explotación y la miseria humana.

Así entonces, la nueva evangelización y la evangelización de la cultura que aquella supone tendrá en América Latina un rostro muy definido: La promoción humana. Promoción que tendrá como destinatarios privilegiados a los pobres. Hacer y construir al pobre, evangelizar su cultura y desde ahí la de todos, se constituirá en la tarea y vocación propia de nuestra Iglesia latinoamericana.

Antes de terminar, quiero llamar la atención sobre un aspecto fundamental que también tiene su fuente y es iluminado por el espíritu y el texto del Vaticano II y en el que éste recobra también toda su actualidad y vigencia de cara a la IV Conferencia. Se trata de la respuesta a esta decisiva cuestión. :¿Quién será en América Latina el sujeto de la nueva evangelización, la promoción humana y la evangelización de la cultura? ¿Qué instancia eclesial es la llamada a realizar esta tarea? ¿la familia, la escuela, los laicos, las CEBs, la parroquia, los diversos movimientos? ¿Serán todos juntos o algunos de ellos en particular? ¿Cómo garantizarán ellos la globalidad y operatividad exigida hoy a la Evangelización?¹⁰.

9 D. CASTRILLON. "Ante el reto de una Nueva Evangelización", en *Scripta theologica*, Fasc. 2 (1989), p. 585.

10 En este punto soy deudor y sigo las interesantes reflexiones y aportes del equipo interdiocesano

Para dar respuesta a esta cuestión, recuperemos muy brevemente algunos datos de la renovación, a nivel eclesiológico, lograda por el Vaticano II.

Decíamos más arriba que el Concilio reconoció la importancia y el significado de la Iglesia particular. La Iglesia se realiza de manera concreta en iglesias locales que en principio son plenamente católicas. Cada una de ellas, abierta a la comunión con las demás iglesias particulares son la Iglesia universal. De esta manera, la Iglesia local no es ya un simple centro administrativo de un gran organismo, sino una célula vital en la que se halla presente todo el misterio del único cuerpo que es la Iglesia. (Cfr. SC 41, LG 23).

El decreto *Ad Gentes*, en los números 4 y 15, hace ver cómo la universalidad de la misión eclesial requiere la aceptación creyente de las culturas humanas, y por lo tanto, la particularidad de las iglesias, y en el No. 22 se señala cómo la particularidad socio-cultural forma parte de la definición teológica de la Iglesia. Así pues, el Vaticano II con su teología y por una serie de reorientaciones institucionales ha colocado las bases para un renacimiento de las iglesias particulares. Es esto, decíamos antes, el reconocimiento de la posibilidad de un policentrismo eclesial que le abre a la Iglesia de América Latina y a cada Iglesia particular en concreto, pistas muy interesantes en la evangelización de la cultura al poder asumir y discernir todos esos elementos de síntesis socio-cultural que nuestro pueblo va haciendo.

Lo anterior nos permite decir que es la Iglesia particular el lugar desde el que debe orientarse, plasmarse y concretarse la evangelización de la cultura y por tanto la promoción humana y la nueva evangelización. Como bien lo dice el artículo citado: "Si la totalidad y globalidad de la Iglesia se da en la Iglesia particular, es ella la llamada a evangelizar con toda propiedad la cultura, por cuanto la misma cultura implica y conlleva la globalidad de la vida de los pueblos"¹¹.

En otro artículo, refiriéndose a la relación fe-cultura en el Vaticano II y a los cambios de lenguaje operados en los documentos oficiales de la Iglesia a partir del concilio, se afirma algo semejante:

Una vez surgido con fuerza el problema fe-cultura, la Iglesia particular va a concebirse como lugar de creación de nuevas figuras de cristianismo, de descubrimiento de nuevos aspectos del misterio de la Iglesia, de elaboración

de animación pastoral en coordinación con el Movimiento por un Mundo Mejor. Cfr. G. MARTINEZ y otros, "La evangelización de la cultura en y desde la Iglesia particular. La globalidad y la operatividad" en *Medellín* 66 (1991) 181-210.

11 Idem, 199.

de nuevas teologías conforme a la sabiduría o formas de discurrir del contexto social ¹².

Es pues, la Iglesia particular con su obispo a la cabeza, los presbíteros, diáconos, religiosos, ministros y laicos, la que puede asegurar la globalidad y la operatividad que exige la evangelización, para poder llegar a todo un contexto cultural. Es ella el sujeto de la evangelización de la cultura. Es ella el punto de articulación y convergencia de todas las realidades que buscan impulsar y dinamizar la tarea evangelizadora. Creemos que ningún movimiento o grupo eclesial, ni aún la parroquia, ni la familia, está en capacidad de asegurar estos elementos que exige la misión fundamental de la Iglesia, unos porque pueden caer en generalizaciones y otros en particularizaciones que no alcanzan a tener la fuerza necesaria para impactar y transformar todo un ambiente socio-cultural. Lo dicho no quita que cada grupo o movimiento sea un centro o agente de evangelización, pero sólo la Iglesia particular está en capacidad de implicar al conjunto de bautizados y no sólo a grupos o personas comprometidas, para identificar, hacer un diagnóstico y operar sobre un contexto socio-cultural.

Y termino, siguiendo el artículo citado anteriormente, al sacar las consecuencias de lo dicho¹³:

- Le corresponde a cada Iglesia particular definir, a partir de su propio diagnóstico pastoral, cuál es el modo concreto de evangelizar esta particularidad socio-cultural que está presente en su territorio.

- La Evangelización de la cultura habría que entenderla con mayor propiedad como evangelización de la cultura desde las iglesias particulares.

- El dinamismo evangelizador de la Iglesia universal va a depender del dinamismo evangelizador que se viva desde las iglesias particulares.

- Los procesos de evangelización en Parroquias, CEBs y familias tendrán que venir definidos unitariamente desde la Iglesia particular.

Y esto, me parece, es perfectamente extensible a la nueva evangelización y a la promoción humana.

12 A. TORNOS, "La nueva teología de la cultura. Los cambios de lenguaje de los documentos oficiales de la Iglesia, a partir del Vaticano II", en *Estudios Eclesiásticos* 66 (1991) 14. Reflexiones similares hace A. ROEST-CROLLIUS, "What is so new about inculturation. A concept and its implications", en *Gregorianum* 59 (1978) 724-737.

13 Cfr. G. MARTINEZ y otros, "La evangelización de la cultura en y desde la Iglesia particular. La globalidad y la operatividad", 201.

CONCLUSION

En la Iglesia universal, Vaticano II es, además del texto, un acontecimiento y sobre todo, un espíritu eclesial para entrar en diálogo con el mundo al cual tiene que ofrecerle el Evangelio. Este espíritu ha estado presente en la Iglesia universal durante estos 25 años. Cada nuevo acontecimiento y cada nuevo documento son posibles gracias al Concilio, a la vez que ellos permiten hacer una lectura más profunda de él.

En América Latina se ha recogido, como en ningún otro lugar, ese espíritu. Medellín fue posible gracias al Concilio y lo recibió potenciándolo desde los pobres en una perspectiva de liberación. Puebla recibe la *Evangelii Nuntiandi* potenciándola desde la perspectiva de una evangelización liberadora en las circunstancias de la década anterior en nuestro continente. Ahora, de nuevo, el espíritu del Concilio se hace actual y vigente posibilitando la IV Conferencia.

Hoy estamos en capacidad de afirmar que lo que preparó y promovió el espíritu del Concilio en nuestras Iglesias sigue dando frutos que son irrenunciables e irreversibles, pero este es un espíritu que debemos cuidar y promover para que se mantenga vivo. Por eso, la orientación de fondo del Concilio sólo se mantendrá actual y vigente si Santo Domingo, con un espíritu abierto y renovador, sabe leer *lo nuevo* latinoamericano de estos últimos doce años, es decir, si la Iglesia latinoamericana con sus pastores a la cabeza está dispuesta a hacer un análisis serio de la cultura y de la sociedad de nuestro continente, teniendo en cuenta los recientes documentos del magisterio universal y sin abandonar lo mejor de la reflexión de nuestros pastores en las dos Conferencias anteriores. De esta manera, podrá, dicha Conferencia, elaborar el marco teológico-pastoral de una nueva evangelización, que logre desde el Evangelio promover la dignidad humana gravemente lesionada en nuestro continente e impregnar nuestras culturas, desde su seno mismo, de la fuerza transformadora del Evangelio, como respuesta a los desafíos y retos que "lo nuevo" latinoamericano hace a la Iglesia.